

Eduardo Kingman Garcés y Blanca Muratorio

Los trajines callejeros

Memoria y vida cotidiana

Quito, siglos XIX-XX



Instituto Metropolitano de
Patrimonio

MVSEOCIVIDAD | Fundación
Museos
de la Ciudad

Kingman Garcés, Eduardo

Los trajes callejeros : memoria y vida cotidiana : Quito, siglos XIX-XX / Eduardo Kingman Garcés y Blanca Muratorio. Quito : FLACSO, Sede Ecuador : Instituto Metropolitano de Patrimonio : Fundación Museos de la Ciudad, 2014

244 p. : fotografías

ISBN: 978-9978-67-414-7

QUITO ; CAMBIO CULTURAL ; ANTROPOLOGÍA CULTURAL Y SOCIAL ; HISTORIA ; ETNOGRAFÍA ; CULTURA POPULAR ; ARTE POPULAR ; CIUDADES ; ECUADOR

986.613 - CDD

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro

Quito-Ecuador

Tel.: (593-2) 323 8888

Fax: (593-2) 323 7960

www.flacso.org.ec

Instituto Metropolitano De Patrimonio

Venezuela N5-10 y Chile

Edificio Pérez Pallares

Quito-Ecuador

Tel.: (593-2) 3996300

impatrimonio@quito.gob.ec

www.patrimonio.quito.gob.ec

Fundación Museos de la Ciudad

García Moreno y Rocafuerte

Edificio Museo de la Ciudad

Quito-Ecuador

Tel.: (593-2) 2953643

www.fundacionmuseosquito.gob.ec

comunicacion.fmc@fmcquito.gob.ec

ISBN: 978-9978-67-414-7

Cuidado de la edición: Santiago Larrea

Diseño de portada e interiores: FLACSO

Imprenta: Ediecuatorial C.A.

Quito, Ecuador, 2014

1ª. edición: abril de 2014

Índice

Presentación	7
Introducción	9
<i>Eduardo Kingman Garcés</i>	
Oficios y trajines callejeros	27
<i>Eduardo Kingman Garcés</i>	
Vidas de la Calle	
Memorias alternativas:	
las cajoneras de los portales	113
<i>Blanca Muratorio</i>	
Etnografía e historia visual de una etnicidad emergente:	
el caso de las pinturas de Tigua	149
<i>Blanca Muratorio</i>	
Materiales de la memoria:	
el gremio de albañiles de Quito	183
<i>Eduardo Kingman Garcés</i>	
Historia y memorias sociales:	
un coleccionista de presencias y evocaciones populares	213
<i>Blanca Muratorio</i>	

Presentación

El presente libro es resultado de un esfuerzo conjunto entre el Municipio de Quito, a través de la Fundación Museos de la Ciudad, y Flacso-Ecuador, que busca contribuir a los estudios sobre la memoria y la historia social de la ciudad de Quito. Este enfoque sobre memoria e historia trabaja la construcción de identidades, reconociendo que estas son parte de un espacio en constante disputa y resignificación. La articulación entre museos, como el de la Ciudad, y centros académicos, como FLACSO, contribuye a la desmitificación de la identidad unitaria y propone una mirada compleja sobre las identidades.

Este libro incluye un conjunto de estudios relacionados con los trajes callejeros y las culturas urbanas que nos permite vislumbrar una red de relaciones y flujos entre la ciudad y el campo que convergen tanto en economías formales como en el comercio popular y en antiguos oficios de buhonerías, albañiles, imagineros, pintores populares, todos ellos significativos en la vida cotidiana de la ciudad. Además de abordar aspectos sociales y económicos, el estudio de estas prácticas nos da algunas claves para entender fenómenos culturales como el barroco y su devenir en la sociedad contemporánea.

La mirada de los autores, Blanca Muratorio y Eduardo Kingman, puesta en estas dinámicas sociales, prolonga su marcada trayectoria como investigadores. Sin duda su trabajo permite enriquecer la comprensión sobre los juegos de poder en sociedades andinas en el largo plazo así como

Presentación

el funcionamiento de la cultura política. El interés de los autores se centra en la activación de estas otras memorias o memorias paralelas como han llamado en su trabajo, siempre de la mano de la Historia y la Antropología concebidas como espacios de reflexión.

Juan Ponce
Director
FLACSO Ecuador

Ana Rodríguez
Fundación Museos de la Ciudad
Municipio del Distrito Metropolitano de Quito

Introducción

Eduardo Kingman Garcés

Este libro recoge textos relacionados con los trajines callejeros y las culturas urbanas en los Andes. Aun cuando se trata de narraciones basadas en procesos específicos, ubicados en Quito, nos permiten vislumbrar lo sucedido en otros contextos espacio-temporales en los que han actuado y actúan actores sociales semejantes. El comercio popular o los antiguos oficios de buhoneras, albañiles, imagineros, no son exclusivos de un lugar como Quito. A pesar de sus particularidades, guardan muchos elementos en común con lo sucedido en otras partes, no solo de América Latina sino de Asia y África. Nos referimos a los efectos del neocolonialismo y el postcolonialismo sobre la vida social urbana y a un tipo de economía que conjuga aspectos económicos y simbólicos, que condicionan las maneras cotidianas de hacer y relacionarse. Los trajines callejeros, en particular, conciernen a formas de circulación paralelas, caracterizadas por flujos constantes entre la ciudad y el campo, la conjugación de economías formales y no formales y una relativa autonomía con respecto a la acción del Estado. ¿De qué modo estas dinámicas se desarrollan en la larga duración? ¿Hasta qué punto transforman sus significados? Cuando una comunidad rural se reconstituye alrededor de un mercado como el de San Roque en Quito, o San Francisco en la Paz, se desarrollan formas culturales peculiares que no pueden entenderse a partir de la antigua división entre lo urbano y lo rural, pero tampoco pueden verse solo en términos de urbanización capitalista. Guillermo de la Peña (2000), alerta sobre las bases morales y no solo económicas de funcio-

namiento de estas comunidades; en un medio que, habiendo pasado a ser predominantemente urbano, permite reconstituir los lazos sociales, más allá del modelo competitivo, individualista.

En el contexto del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, las culturas callejeras se constituyeron en el flujo entre la ciudad y el campo y como formas de disputa, apropiación y resignificación de los espacios, mientras que ahora las transformaciones culturales se miden en la relación entre los referentes locales y la globalización, como parte de lo que Appadurai (2001) llama el ‘trabajo de la imaginación’. ¿En qué medida ocupaciones como las de las cajoneras o de los pintores de Tigua pueden reproducirse en medio de la lógica del comercio global?

La reflexión histórica y antropológica puede servirse de los estudios de caso para hacer comparaciones y encontrar nuevos elementos para la discusión conceptual desarrollada, entre otros, por Polany (1992), acerca de la relación entre distintas formas de economías paralelas; pero la posibilidad misma de comparar depende de la existencia o no de monografías específicas sobre las formas de funcionamiento social en diferentes lugares y circunstancias.

En América Latina se han desarrollado etnografías importantes sobre ciudad y etnicidad, o sobre las formas de funcionamiento de las culturas urbanas en contextos de cambio, como las de Barragán (2005); Camus (2002); Sandoval (1989). A su vez, los aportes teóricos en temas relacionados con lo popular, las culturas populares, la relación entre valor de uso y valor de cambio, el barroco o la reciprocidad, se verían enriquecidos con una vinculación más estrecha con la investigación de campo.

Si bien, quienes hacemos esta recopilación, obedecemos a trayectorias intelectuales distintas, nos sentimos unidos por el mismo interés por relacionar la historia y la antropología en el estudio de los cambios culturales provocados por la modernidad y la modernización, así como por mostrar la vitalidad renovada de las culturas populares –concebidas como formas no institucionalizadas de producción de sentidos– en medio de estos procesos. En esto, nuestra perspectiva no ha sido tanto académica como política, o por decir lo menos: ha estado consciente del sentido político de la investigación histórica y antropológica. “Para que la pluralidad de las culturas del mundo sea políticamente tenida en cuenta, es indispensable

que la diversidad de identidades nos pueda ser contada, narrada” (Barbero-Ochoa, 2005:187). Lo que nos hemos propuesto ha sido justamente eso: construir narraciones capaces de devolvernos otras lecturas posibles de la ciudad y de los espacios sociales.

Las primeras versiones de algunos de estos artículos fueron publicadas en revistas y compilaciones, mientras que otras han permanecido inéditas, pero en todos los casos se han vuelto de difícil acceso para el lector. Cuando hicimos esas primeras versiones, existía poca preocupación por los temas que tratan, mientras que ahora han captado el interés de muchos investigadores, así como de gestores culturales y publicistas. Esto ha obedecido, en parte, a los movimientos político-identitarios desarrollados a partir de la década del noventa, pero igualmente a las políticas de activación de la memoria generadas desde el Estado, como parte de los requerimientos tardíos de construcción nacional en contextos globalizados.

La distinción introducida por la UNESCO entre patrimonio tangible e intangible ha contribuido a ampliar los registros relacionados con lo que se ha dado en llamar la memoria social, pero está pendiente una discusión más a fondo que nos permita entender los procesos de construcción de la memoria como parte de disputas mucho más complejas por la representación. La memoria constituye un campo de fuerzas, en donde lo que está en juego no es tanto la ‘verdad de los hechos’ como los sentidos que damos a esos hechos. La memoria es importante, pero no lo son menos el olvido o la perspectiva, el juego de intereses, los requerimientos conscientes e inconscientes que nos llevan a producir determinados registros. Nuestro interés está puesto no tanto en el registro, como en la activación de otras memorias posibles a las que hemos llamado memorias paralelas. Esto no se podría realizar sin el apoyo de la Historia y la Antropología, concebidas como espacios de reflexión en los que se desarrollan determinadas metodologías.

Todo registro es útil en la medida en que salvaguarda los testimonios de la gente, los documentos de segundo orden o los objetos de uso cotidiano, evitando que desaparezcan. En ese sentido, tendría que valorarse el trabajo de los folkloristas de la primera mitad del siglo XX o los esfuerzos más recientes de las propias comunidades por recuperar su memoria. Sin embargo, esto por sí solo no es suficiente para relacionarnos con el pasado lejano y reciente.

Necesitamos saber qué es lo que hace significativos a determinados hechos, ya sean cuadros de milagros, pinturas de Tigua, relatos de la sociedad de una época, y hacerlo desde un espacio de reflexión y de disputa de significados. A nosotros, en particular, nos interesa ir más allá de la generación de una colección de hechos de la memoria que sirva como referente identitario, o repositorio cultural (saber cómo eran nuestros antepasados), construyendo, por el contrario, narrativas teóricamente fundamentadas, o si se quiere imágenes conceptuales o ejes problemáticos ubicados entre el presente y el pasado, en condiciones de decirnos algo sobre lo que sucede o está a punto de suceder. En este sentido, los estudios sobre las cajoneras, los cuadros de niños muertos, los albañiles, los oficios de la calle, actúan como alegorías, puntos de quiebre o pliegues que nos ayudan a pensar aspectos relacionados con las trayectorias sociales y culturales del Ecuador y los Andes.

La memoria constituye un recurso al que acuden tanto historiadores como antropólogos interesados en construir figuras de pensamiento, proceden para ello a producir narraciones o montajes basados en una diversidad de imágenes fragmentarias. Como señala Nelly Richard, la memoria “designa una zona de asociaciones voluntarias e involuntarias que se mueve entre el pasado y el presente, ambos concebidos como formaciones incompletas en las que se entrelaza lo ya consumado con la aún no realizado”. El pasado como algo que nos habita, permanece en nuestro inconsciente e intenta hablarnos, a pesar de la premura en la que la modernidad nos tiene envueltos, impidiéndonos pensar. “Es porque el pasado es inconcluso que el trabajo residual de la memoria se mueve de escena en escena, a la búsqueda retrospectiva de aquellas intermitencias que aún contienen energías latentes” (Richard, 2010: 16).

Si en cada uno de los textos intentamos construir narrativas capaces de poner en cuestión lo que ha sido naturalizado (el largo proceso de desplazamiento de poblaciones de los espacios públicos, o la distinción, permanentemente actualizada, entre lo culto y lo popular, como en relación a los artistas de Tigua), una compilación ayuda a agrupar lo que está separado en distintos textos, encontrando, en lo posible, un hilo conductor entre las diferentes aproximaciones (realizadas en diversos tiempos) a un mismo objeto de estudio, en este caso, las culturas populares. Responde, a su vez, a un in-

terés de coleccionista dirigido a recoger lo que ha sido fragmentado, juntarlo para poder comparar, encontrar puntos de encuentro y de fuga. Al hacer de todos estos artículos –publicados previamente o no– un libro, la colección es puesta de cara al público. Este puede hacer del nuevo objeto lo que quiera, manipularlo, leerlo si es el caso, hacer que forme parte de nuevas colecciones, olvidarlo e, incluso, ignorarlo. Un libro, a diferencia de un artículo, está dirigido a un público más amplio, no necesariamente especializado, que puede encontrar en el cruce de escritos un contexto discursivo. La noción de trajines callejeros, por ejemplo, se repite en algunos de los artículos, al igual que las referencias a la memoria social o a la modernidad temprana.

¿Se trata de un libro agónico? Aparentemente sí: se refiere a una época que ya no existe, o que existiendo está llamada a desaparecer. Vivimos en un momento de cambios e incertidumbres, relacionados con la vida cotidiana en donde incluso lo más antiguo o arraigado tiende a perder vigencia. De aceleramiento, en el que todas las cosas se olvidan de modo rápido o se recuerdan de otro modo. Muchas de las referencias a plazas, calles, personajes solo subsisten como huellas de algo que fue pero ya no existe, como relatos, fotografías, retratos, imágenes de momentos ya superados o a punto de ser superados. Momento en el que las plazas y las calles toman otros nombres y sus usos son modificados, de manera muchas veces abrupta. Incluso los apuntes etnográficos, realizados de modo vital entre la gente, están atravesados por la precariedad del paso del tiempo. La fiebre constructiva está terminando con el viejo oficio de la albañilería como actividad artesanal e independiente, y en el caso de las antiguas cajoneras prácticamente han desaparecido, debido a la globalización y al paso inevitable del tiempo. A diferencia de lo que sucede en ciudades como la Paz, la ciudad de Quito, se ha llenado de supermercados en los que las antiguas formas de relacionamiento, propias de las plazas y mercados populares se han extinguido, y han dado lugar a una relación fetichizada con los objetos. De igual modo, el discurso sobre la ciudadanía está completado (o intenta completar) la labor civilizatoria de la antigua ideología y práctica del progreso. ¿Qué interés puede tener, entonces, acudir a problemáticas que ya no existen o están a punto de dejar de existir? ¿No será que la fuente de nuestro trabajo es la nostalgia? Estamos trabajando en el umbral o en un

punto de quiebre, ahí donde se producían los cambios culturales: Pero, en muchos casos, esos cambios ya se han dado: hemos pasado a otro momento. ¿Eso podría haber hecho que los textos presentados en esta recopilación pierdan fuerza? ¿Impedir que puedan decir algo a las nuevas generaciones, por ejemplo? ¿Hacer que se vuelvan textos inertes?

Nosotros somos conscientes de todo esto y hemos realizado un trabajo de relectura de los artículos, de ajuste de información, pero sobre todo de búsqueda de sentidos nuevos. Todo texto requiere ser trabajado nuevamente para ajustarse a los cambios circunstanciales, sin embargo, creemos que estos escritos se refieren a problemáticas que lejos de desaparecer, se han agudizado. Nos referimos, por ejemplo, a las antiguas disputas por los espacios y por los significados que se dan a los espacios, se trata de algo que compete tanto al siglo XIX y XX, como al siglo XXI. Si en dos de los textos incluidos en esta compilación se evidencian las disputas entre trajinantes y vendedores y particularmente vendedoras de puestos fijos, como las cajoneras, con los poderes locales, no hay que perder de vista que las mismas no se miden solo en términos económicos sino como una lucha por significados. Ni siquiera en el contexto actual, de desplazamiento de poblaciones y de espectacularización de las culturas, este proceso ha terminado.

El lector se encontrará con muchas páginas que ya conoce, sin embargo, todas ellas se inscriben en un contexto distinto. Hemos trabajado nuevamente los textos, intentando mejorarlos y enriquecerlos. Sin duda, hemos tenido que convencernos, previamente, de que valía la pena hacerlo. Decirnos (a nosotros mismos) que las temáticas tratadas continuaban siendo significativas, que valía la pena seguir hablando de ellas. Ya dirá el lector si estamos en lo cierto.

Cambios culturales y modernidad temprana

En términos históricos, la modernidad ha sido ante todo un fenómeno urbano, relacionado con el crecimiento y expansión de las ciudades, la dinamización de la vida económica y social, y cambios en las relaciones cotidianas. Sin embargo, esto no siempre puede medirse en términos de democratiza-

ción o de construcción de un sujeto moderno, por lo menos en los Andes, debido al peso de la Hacienda y el sistema patriarcal sobre la vida social. Los cambios en la arquitectura y en la urbanística, asumidos como signos de modernidad, no se expresaron en la formación de espacios inclusivos. No hay que perder de vista la influencia que tuvo, por largo tiempo, la cultura aristocrática en la construcción de hegemonía y en la generación de todo un sistema de distinciones y diferenciaciones sociales, étnicas y de género. Pero, además, la modernidad condujo a acciones de disciplinamiento, así como a grandes extirpaciones culturales que profundizaron las grandes separaciones sociales y étnicas. Aun cuando la urbanización amplió los espacios de trabajo y relación más allá de los círculos restringidos de la dominación doméstica, no terminó con muchas de las formas de servidumbre y de trabajo precario. La modernidad temprana se caracterizó por ser una modernidad periférica, relacionada con el ornato, la especulación y el consumo suntuario, en la que se conjugaban las formas nuevas de dominación con las antiguas. Los estudios antropológicos han contribuido a cuestionar las ilusiones de ese tipo de modernidad ligada a las ideas de desarrollo y de progreso.

Es cierto que la modernidad de las élites no es equivalente a la modernidad de los sectores populares. La ampliación de los flujos, la diversificación del mercado y del consumo, el desplazamiento de poblaciones, dio lugar a nuevas estructuraciones sociales, reacomodamiento de fuerzas, oportunidades y juegos de relaciones en las que participaron activamente indígenas y mestizos andinos. Estos espacios no estuvieron exentos de violencia, pero funcionaron como circuitos paralelos en los que se dio cabida a nuevas actividades relacionadas con la producción, el comercio, la ilegalidad, las representaciones y los consumos populares. La secularización y el 'catolicismo serio' no lograron romper con la religiosidad y las creencias populares. Al mismo tiempo, los sectores medios desarrollaron sus propias disputas en el espacio social, poniendo en cuestión, en muchas ocasiones, la hegemonía cultural de las élites.

Existen distintos planos de transformación que dan lugar a modernidades paralelas. Estas modernidades no existen por separado, pero tampoco obedecen a un único código de funcionamiento. Como se muestra en el texto que trata, de modo más directo, el tema de los trajines callejeros, en la ciudad se había generado, a lo largo de muchas décadas, dispositivos civi-

lizatorios y disciplinarios relacionados con el salubrisimo, la planificación, el ornato, que afectaban tanto a los sectores populares como al resto de la población, modificando sus hábitos. Estos dispositivos repercutían sobre las culturas de la calle, sus formas de trato y relacionamiento. Se trataba de formas, unas veces creativas, la mayoría basadas en modelos externos de construcción de un orden urbano que repercutía en la forma cómo se iban configurando las relaciones cotidianas. Sin embargo, como se muestra en el artículo, las acciones dirigidas a la expulsión de los feriantes, las buhonerías y otros oficios populares, no fueron nunca completamente exitosas, tanto por el limitado desarrollo del capitalismo, como porque se basaban en un tipo de economía popular paralela. Estamos hablando de una economía moral, capaz de garantizar un mínimo de recursos y solidaridad en condiciones de amenazas comunes (Espanha, 2009), asentada, en buena medida, en la calle. Por otra parte, todas las dinámicas civilizatorias recibieron respuesta por parte de los pobladores, como muestra el artículo de Muratorio sobre las cajoneras. En unos casos se trataba de acciones públicas de oposición, en otras, de prácticas de escamoteo o de incorporación creativa. Solo recientemente, con el desarrollo de la globalización comercial y financiera, la economía puede más que la policía —algo que, por otra parte, es nuevamente puesto en duda en el epílogo del artículo sobre las cajoneras.

¿De dónde nacen las imágenes?

Este libro está construido a partir de narraciones e imágenes, pero ¿de qué modo surgieron? La narrativa, tal como la concebimos, sirve de asidero a nociones, conceptos; las imágenes no flotan en el aire, requieren del ojo del etnógrafo (que es también oídos, olfato, tacto) capaz de percibir las y descubrirlas para el resto, de convertirlas en recursos del lenguaje. Un hecho casual, una historia personal contada por alguien, un espacio social captado al paso, una colección de objetos, pueden provocar el surgimiento de imágenes, a manera de iluminaciones, pero en todos los casos se requiere de un trabajo de elaboración, de conversión en conceptos, o como Benjamin (2005) sugiere, imágenes-conceptos.

Lo que sirve de guía al texto de los Trajines es la idea de que en el contexto de la sociedad del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX, existe un mundo en movimiento provocado por el comercio y los flujos poblacionales entre la ciudad y el campo, en medio de lo cual las fronteras étnicas, de género y de clase, se desdibujan en parte, sin por eso desaparecer. Se trata de un umbral entre las clases (o entre las dos repúblicas) caracterizada por agenciamientos e improvisaciones, pliegues y repliegues, distancias y acercamientos que producen un tipo de cultura que algunos autores han llamado barroca y que nosotros preferimos denominar barroco-popular. Si bien la perspectiva desarrollada en este artículo se refiere al siglo XIX y a la primera mitad del siglo XX, es posible que siga siendo fructífera al momento de analizar épocas más recientes. El artículo sobre los albañiles, por el contrario, no muestra tanto los puntos de encuentro, como de quiebre entre la cultura popular urbana y la de las élites, marcadas por dos parámetros contrarios: el discrimen y la búsqueda del respeto. El estudio sobre las cajoneras, por su parte, lejos de asumir una perspectiva nostálgica: intenta dar profundidad histórica a un hecho cercano, la de un tipo de comercio instituido en el largo plazo, mantenido por mujeres mediante un recurso aparentemente simple, pero realmente complejo, como los cajones. Las imágenes de estos textos han sido desarrolladas a partir del material proporcionado por los archivos pero también de acercamientos etnográficos al mundo de los mercados. Los textos sobre las cajoneras y los cuadros de niños muertos se inscriben, más que el resto, dentro de lo que Muratorio llama una biografía visual. El trabajo sobre los albañiles, por su parte, es el resultado de largas conversaciones mantenidas con don Nicolás Pichucho, y por eso se ha buscado conservar un tono coloquial o de ‘imagen coloquial’, de algún modo confidencial e íntimo. En el artículo sobre el coleccionismo, entran en juego dos sensibilidades, la del coleccionista y la de la etnógrafa, capaces de sacar a la luz (permitir que hablen de nuevo) un conjunto de objetos y memorias (los cuadros de niños muertos). Se trata, en definitiva, de un conjunto de narraciones o imágenes capaces de devolvernos elementos de un mundo cultural aparentemente en retirada, como resultado de las acciones de ordenamiento urbano y las culturas del espectáculo. Al mostrarlas a partir de textos escritos, queremos llamar la atención sobre su vitalidad.

Comercio y oficios en Quito

En el largo siglo XIX se generó en Quito una fuerte dinámica social y cultural provocada por el comercio y los flujos poblacionales entre la ciudad y el campo. (Fotografías 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7 y 8. Fondo Archivo Leibniz-Institut für Länderkunde. Leipzig, Alemania).



Mujer indígena de La Magdalena. Retrato. Fotógrafo Pedro José Vargas (Quito).



Indígena de Zambiza. Barrendero de calles en Quito. Retrato. Fotógrafo Pedro José Vargas (Quito).



Toma el agua del pozo y la lleva a las casas. Aguatero de Quito. Retrato. Fotógrafo L. Gouin (Quito).



Mädchen aus dem Mittelstande (Mischrasse) Quito.
„Bolsicona“.

Niña de clase media (mestiza) Quito. "Bolsicona". Retrato. Fotógrafo L. Gouin (Quito).



Indígena de Otavalo. Retrato. Fotógrafo Pedro José Vargas (Quito).



Mujer indígena vendiendo alfalfa. Retrato. Fotógrafo Paul Grosser.



Vista urbana. Oficio. Fotógrafo Paul Grosser.



Vista urbana. Feria en la Plaza de San Francisco, Quito. Fotógrafo Hans Meyer.

Bibliografía

- Appadurai, Arjun (2001). *La modernidad desbordada: dimensiones culturales de la globalización*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Barbero, Jesús Martín y Ana María Ochoa (2005). “Políticas de multiculturalidad y desubicaciones de la posmodernidad” En *Cultura, política y sociedad. Perspectivas -Latinoamericanas*, Daniel Matto (Comp. Buenos Aires, Clacso. 181-198
- Barragán Rosana (2005). “Los elegidos: en torno a la representación territorial y la re-unión de los poderes en Bolivia entre 1825 y 1840” En *La mirada esquiva: reflexiones históricas sobre la interacción del Estado y la ciudadanía en los Andes (Bolivia, Ecuador y Perú), siglo XIX*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). 93-124
- Benjamin, Walter (2005). *Libro de los pasajes*. Madrid: Akal.
- Camus, Manuela (2002). *Ser indígena en Ciudad de Guatemala*. Guatemala: FLACSO.
- De la Peña, Guillermo (2000). “La modernidad comunitaria”. *Desacatos: Revista de Antropología Social* 3: 51.
- Espanha, Pedro (2009). “Da expansao dos mercados á metamorfose das economías populares”. *Revista Critica de Ciencias Sociais* 84, marzo: 49-63.
- Regina Martínez, Casa y Guillermo de la Peña (2004). “Migrantes y comunidades morales. Resignificación, identidades y redes sociales en Guadalajara (México)”. *Revista de Antropología Social* 13: 217-251.
- Richard, Nelly (2010) *Crítica de la memoria: (1990 - 2010)*. Santiago de Chile: Universidad Diego Portales. 2010.
- Richard, Nelly (2011). “Crítica de la memoria”. *Revista chilena de literatura* 80: 271.
- Polany, Karl (1992). *La gran transformación: los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Sandoval Z., Godofredo. *La ciudad prometida: pobladores y organizaciones sociales en El Alto*. La Paz, Bolivia: ILDIS. 1989.